

tura. Pero el poder de síntesis y la exactitud de diagnóstico de Mainer tiende a desanimar al aprendiz. O al menos eso parece que sucedió porque desde entonces apenas ha aparecido nuevo material de semejante valor interpretativo, y aún descriptivo, para hacerse una idea cabal de lo que significó el fascismo en la cultura española de los años treinta y cuarenta.

He pasado en silencio sobre alguna aportación muy voluminosa sobre el fascismo literario español. Hablo del extenso libro que publicó Julio Rodríguez-Puértolas como estudio sobre *Literatura fascista española* en Akal, hace casi una década. Pero posiblemente el autor no supo acertar con un criterio de interpretación que iluminase lo que hubo ahí de aportación intelectualmente valiosa. Trabajos posteriores han sido de interés pero sin la ambición de explicar qué fue la literatura o incluso la cultura fascista en España: conjeturar los caminos de un falangismo que estiliza el fascismo más bronco, buscar en las soflamas teóricas bases posibles de una mentalidad (frente al culto clasicismo de Sánchez Mazas la crudeza lírica de Rafael García Serrano, frente al aristocratismo de Foxá la fiereza negra, neonaturalista, de Cela). Juan Cano Ballesta reunió algunos estudios de valor en un libro de Siglo XXI, *Las estrategias de la imaginación* (1994) y

han sido esporádicos los artículos sobre la materia en revistas del hispanismo universitario, además de aproximaciones globales a la guerra civil, netamente ensayísticas, como la que acertó a dar Andrés Trapiello en *Las armas y las letras* (Planeta, 1994). Y para las relaciones con la Italia de Mussolini da indicios de utilidad el libro de Victoriano Peña, *Intelectuales y fascismo. La cultura italiana del 'ventenio fascista' y su repercusión en España* (Universidad de Granada, 1995), centrado en la ya conocida y pintoresca figura del fascismo indígena que fue Giménez Caballero. El libro termina con la guerra pero deja espacio suficiente para detallar un compromiso del gobierno español de 1940: la colaboración en la prensa italiana de nombres que van desde Eugenio d'Ors a Rafael Sánchez Masas, Dionisio Ridruejo o Eugenio Montes.

Redescubrir esa materia de análisis histórico e identificar un segmento duro, denso y sugestivo de nuestra propia cultura es lo que, en primer lugar, permite hacer un libro fabricado en Alemania y escrito en español por hispanistas universitarios. Lo ha publicado Vervuert/Iberoamericana y el editor del volumen es Mechthild Albert. Se titula con alusión unamuniana *Vencer no es convencer. Literatura e ideología del fascismo español* y es quizá la mejor aporta-

ción de conjunto en mucho tiempo al conocimiento y la evaluación crítica del significado del fascismo en la cultura española de la segunda mitad del siglo XX. Virtud adicional del libro es abordar desde el presente la memoria del fascismo y comprobar en Antonio Muñoz Molina o en los relatos retrospectivos de José María Guelbenzu o Esther Tusquets, el peso de aquella memoria. Pero los asuntos que aborda son múltiples y complementarios, destinados a forjar imágenes fiables de lo que fue el fascismo desde la literatura (sea Foxá, Salaverría, Concha Espina, Manuel Machado o Giménez Caballero) o desde una perspectiva más ancha que toma como ámbito de estudio las décadas de los treinta y los cuarenta con la guerra de por medio (con un estudio de Mainer sobre Madrid visto por sus sitiadores). El editor del volumen se encarga de revisar con pertinencia y sin los tópicos usuales el significado del tremendismo como estética de tradición larga en las letras españolas.

Vencer no es convencer sirve para reparar o empezar a pensar en algunas cosas muy olvidadas pero vivas en nuestra misma actualidad cultural. Puede servir, en rigor, para empezar a echar de menos algunas cosas: una monografía solvente sobre un narrador muy bien dotado y muy mal conocido, como Rafael

García Serrano; trabajos de alguna entidad sobre un género propio del falangismo culto, ese articulismo que tanta genealogía engendró hasta hoy mismo y que sigue enterrado en hemerotecas o ediciones perdidas. A mí, al menos, las preguntas se me amontonan y atañen al ensayo de comparatismo entre la literatura del fascismo italiano y el español –hasta dónde llegó Curzio Malaparte, por ejemplo. Apetece saber dónde radica el fascismo estético si aceptamos esa denominación para Giménez Caballero pero también para un determinado cine, el de Juan de Orduña, por ejemplo; para Sáenz de Tejada pero también para el d’Ors menor, para el Torrente más primerizo y el novelista de intimidades adolescentes que fue también Rafael Sánchez Mazas. ¿Cuánto hay de fascismo en el ensamblaje de recreación erudita e histórica, idealización de trazo en el estilo y aristocratismo de clase? ¿Es sólo la expresión nostálgica de una burguesía sin tiempo histórico o está expresando una forma peculiar de la estética fascista? La calidad intelectual del volumen es la primera razón para comprender la urgencia de un empeño necesario: la reconstrucción historiográfica y crítica de la cultura del fascismo en la España contemporánea.

Jordi Gracia